

## PERDONÉ EL DOLOR DE LA GUERRA

**Por: Laura García López**

Leonardo Zuluaga Rubio, tiene 26 años y un hijo. Nació en Líbano, Tolima; lugar que fue dominado por el ELN en los años 90. Hasta los 4 años de edad convivió con sus padres y hermano. Su papá consumía bazuco. Su madre, quien decía que su padre no era un buen ejemplo para su hermano y para él, decide tramitar ante el Ejército de Liberación Nacional (ELN) su divorcio, pues era este grupo armado quien se



encargaba de los juicios, de regular la ley, la salud y la comida, “este grupo armado termina siendo como un micro Estado”, cuenta Leonardo mientras mira la hora en su celular.

Blanca, como se llama su madre, decide irse a vivir junto a su nueva pareja, Manuel, quien se convirtió en la figura paterna de Leonardo, “fue ese motor, esa guía, ese hombre que era mi punto de referencia, del cual aprendí muchísimas cosas que hasta el día de hoy practico en honor a ese gran hombre”, asegura Leonardo, quien, con una sonrisa en su rostro, lo recuerda.

En el año de 1998, este niño de 8 años se traslada con su nueva familia a Villarrica, Tolima, tierra que por décadas fue blanco de la guerra y en la cual actualmente se encuentran registradas 1.027 víctimas del conflicto armado, de acuerdo con el reporte de Unidad de Víctimas del Gobierno Nacional. En este lugar, Leonardo inicia sus estudios en primero de primaria, pero recuerda con nostalgia las dificultades para terminarlo, pues su madre era una persona inestable que no duraba más de dos o tres meses en un mismo lugar.

Vagamente cuenta que hubo una época muy complicada en el 98: Manuel, su padrastro, se tuvo que ir obligado al departamento del Huila para buscar fuentes de ingreso. Para esa época, la guerrilla de las FARC se tomó el municipio de Villarrica, Tolima en un combate que duró aproximadamente 8 días. “Mi padrastro logra entrar a la zona y llega por mi mamá y por mí, luego nos fuimos para El Gigante, Huila, el cual 15 días después fue tomado también por la guerrilla”, narra mientras gira su cabeza hacia un lado.

Después de esta tragedia, Leonardo y su familia no se detienen, pues llegan a Vegalarga, zona rural de Neiva, Huila, y allí después de tanto “voltear”, como lo asegura él, deciden dedicarse a la agricultura: “en medio de estos cultivos empezamos a sembrar amapola, porque era más rentable que cualquier otra cosa, por ejemplo, en 20 metros cuadrados que la sembrábamos, sacábamos libremente dos millones de pesos, mientras que un kilo de maíz lo vendíamos en 270 pesos, entonces eso era una gran diferencia”, recuerda como si hubiese sido ayer.

Un 24 de diciembre, Leonardo padece lo peor de la guerra: en vez de disfrutar la Navidad con su familia como todos los niños de su edad, 10 años, es capturado mientras le compraba un regalo a su mamá. Fue víctima de una operación militar (falsos positivos) que se hizo en la zona, “me realizaron una tortura donde me chuzaban los dedos y los testículos con agujas, nos aporreaban con las cachas de los fusiles en el abdomen, mientras que con los ponchos nos trataban de ahorcar”, cuenta con tranquilidad en su rostro, y sin dolor alguno a pesar de este episodio que marcó su vida y de la crueldad a la que fue sometido. Así mismo, recuerda que fue rescatado por la comunidad mientras que sus compañeros de tortura fueron procesados y tomados como guerrilleros muertos en combate.

Mientras reflexiona sobre este hecho de su vida, un pensamiento en voz alta surge: “¿cómo los buenos se volvían malos y los malos se volvían buenos?”, expresa este joven de baja estatura, piel trigueña y ojos oscuros. Por varios segundos se queda en silencio, con su mirada fija, y finalmente dice: “esto fue algo muy triste que me marcó muchísimo y cambió mi concepción de la vida”.

Vegalarga, un corregimiento de Neiva, ubicado en la ruta que une a los departamentos del Huila, Cundinamarca, Meta y Caquetá, ha sido golpeado por el conflicto armado que se ha vivido durante 60 años en Colombia. Sin embargo, Leonardo cuenta lo mucho que la guerrilla ayudaba, “si necesitabas un médico la guerrilla te lo ponía, si querías estudiar la guerrilla te daba el estudio, si no habían vías la guerrilla iba por máquinas para arreglarlas. Entonces fue un cambio de visión demasiado drástico y fuerte, porque yo dije: los malos son otros, los malos son el ejército”.

A raíz de lo que le sucedió y reflexionó, Leonardo buscó a las FARC y negoció con el frente 17 en el Huila, pero a pesar de lo que todo el mundo piensa, este grupo armado inicialmente no lo quiso reclutar por su corta edad. Sin embargo, debido a la insistencia del menor, lo incorporaron a sus filas como Miliciano Popular, para finalmente ascender como Miliciano Bolivariano y Guerrillero de Contra Inteligencia, cargos importantes para esta organización armada.

“Yo con solo 11 años me encargaba de la parte de logística, me conseguía botas, comida, estaba a cargo de desplazamientos, hacer inteligencias, seguimientos a policías, colocar campos minados, entre otras cosas. Esa era la dinámica de la guerra”, relata este hombre al que no se le ven pasar los años a pesar de su caótica vida.

Este joven estuvo cerca de cinco años en el frente 17 de las FARC, casi hasta los 15 años. Fue capturado en una operación militar cuando visitaba a su mamá. Después de la captura, lo trasladaron a Neiva para realizar todos los trámites judiciales e ingresarlo a una correccional de menores en la cual estuvo durante un año. Un fallo indicó su inocencia y fue puesto en manos del ICBF para la restitución de sus derechos.

Cuenta Leonardo, quien en este momento se puede considerar a sí mismo como una persona rehabilitada del conflicto, que, a partir de ese fallo, su vida le cambia en calidad y en educación, pues ha podido realizar varios estudios técnicos que le han aportado a su formación personal y profesional, “inicié un proceso de crecimiento personal, de trabajo en comunidad con niños y jóvenes, me dediqué al tema social y hemos venido cultivando

cositas, ya estoy próximo a terminar Investigación Judicial en la Universidad de Caldas”, cuenta con una sonrisa que expresa su felicidad por los frutos obtenidos.

Actualmente, Leonardo tiene un hijo, Jhan Carlo, de cuatro años y medio de edad, quien es el motor y la base de su vida. Trabaja como Dj en una discoteca durante la noche y en el día labora con la fundación Cruzada Social, dedicada a impulsar programas de salud, nutrición y educación a personas con necesidades básicas insatisfechas. Lugar que hoy por hoy es artífice de la transformación de este hombre.

Leo, como cariñosamente le dicen sus allegados, afirma que la guerra que tiene el país es sencillamente el resultado del resentimiento de una injusticia social que tiene Colombia, “porque la guerra es de niños y de niños resentidos, porque la gran mayoría de grupos armados están conformados por menores de edad o jóvenes, un conflicto que podría carecer de conceptos para hacerse llamar guerra”, asegura con un tono de voz contundente.

-¿Cómo fue el proceso de reconciliación, perdón y no olvido? – le pregunté.

Y él respondió sin titubeos: “lo más importante de la reconciliación es abrirle las puertas del corazón al perdón, perdonar a Dios, a mí mismo y a los demás, a sanar desde dentro. Hoy en día no hay dolor, solo recuerdos de momentos difíciles que me hacen visualizar para seguir adelante”.

Leonardo siempre se ha considerado como un enamorado de la vida y de la paz, es por esa razón que cualquier iniciativa que conlleve al fin del conflicto, la respaldará, “la paz es la siembra de poquitos granitos de arena, donde perdonarme y perdonar a los demás crea paz”, concluye un ex combatiente que hoy aclama silenciar los fusiles y que a pesar de las inclemencias de la guerra, se ha reconciliado con la vida, no existe dolor en su corazón y se ha transformado en un promotor de paz.

Y así, tras dejarlo con los jóvenes y niños con los que construye paz, es inevitable preguntarse:

-¿Y nosotros cómo construimos paz?